

EL POLICÍA QUE RÍE

Aarón Alejandro Romo Arceo



EL POLICÍA QUE RÍE

AARÓN ROMO

Capítulo 1

EL POLICÍA QUE RÍE

Una fractura en el cielo, un manto herido con una llaga de circunferencia excelsa, pero la noche guarda silencio ante su lesión, la única posesión que comparten cuando la mira, dormida, inerte, sempiterna, simple silencio. Anexa oxígeno a su garganta y devuelve una confesión fría retenida en un soplido mientras la paz del parque asediado por murmullos abandonados, aquellos que siembra el día, confiesan sus propios secretos; los escucha siempre, su única compañía al erigirse el régimen de las estrellas.

Se tapó con la manta que lleva salvaguardando de sus propios orines y heces, aunque porte una capa agria del sudor, un tanto menos ácida que las manchas amarillas del pantalón que parecía habersele entregado a un león como tributo, pero que, al final, la bestia se aburrió, ya sea porque no daba pelea o por los meados que hicieron de su hogar la tela. Vivir en un parque parecía más seguro que los callejones o la desnudez de la calle; pensó que, de haber sido perro, las jaurías que reclamaban territorio y respeto a base de fauces y voracidad jamás lo habrían aceptado.

Contempló las banquetas vacías, heridas, igual que la noche, por líneas y vectores bastardos. Un riachuelo de concreto le servía de almohada. Ahogó sus cicatrices de la espalda al recostarse en la banqueta para acompañar a la noche en su llanto oculto, pues lloran algo que las lágrimas desconocen; el hambre dejó de lloverla hace treinta años, era su orgullo reconocer antes de dormir que un techo era algo que sólo podría ser una frontera que le cerraría el privilegio de poseer aquello que es lo más cercano que tendría de una amante.

Tocó su pie derecho, la memoria en los dedos le recordaba la textura, un cutis próximo a transmitir el tacto de una roca. El entumecimiento le mordía los dedos, los movió para evitar que la sangre siga trastabillando; tuvo sus dedos entumecidos y pensó que le encantaba, porque incluso así podía sentir hormigas invisibles construyendo una colonia sobre el lomo del pie.

Luego tocó su pie izquierdo y recordó que ya no puede fingir que lo va al olvidar, y no puede fingir que no lo hará llorar esta noche también; el dolor se aburrió de rumiarlo, la sangre agotó las propiedades que le permiten galopar y se convirtió el cristal, luego se volvió el nacimiento de algo que surge al aplastar fresas, poco después se volvió un hogar.

Bultos albinos, casi leucémicos, bailaban con la pasión de la agonía, y sus dedos eran los rincones donde hacían su fogata.

Levantó la manta para ver su pie. Las larvas ya habían formado nuevas familias.

–Por favor, no – se escuchó diciendo. La quietud de los árboles o el aroma del pasto guardarían su llanto entre los murmullos espectrales que han hecho del parque su morada.

Padres, abuelos, hijos, nietos, tías, tíos, todos fornicaban sobre la imitación de la noche podrida en el miembro del pordiosero, una pestilente noche que escurría líquido amarillento y cuyas estrellas se retorcían; constelaciones de larvas que ya habían formado un linaje merendaban sin dar gracias, u orar a Dios por haber sido tan generoso con ellas, y ¿por qué serían generosas si él mismo no fue generoso con su propia piel? Al verla enrojecida, se negó a dejar de rascarse, como si su intención recayera en que las uñas arrasaran con la uniformidad del terreno moreno en el pie y le permitiera al pellejo encenderse.

Un mamífero se alejaría, o dejaría lucir su lado arisco al ver los manotazos zurdos que aventaba. Ni siquiera era un consuelo saber que los gusanos morirían de inanición en los sucios dedos machacados por la mugre del mundo; y es que la mugre se limpia más fácil de la superficie más porosa, porque la mugre no te mira con desprecio, o te avienta agua para que notes una frontera que no existe en la calle que todos pisan, no te subyuga con un palo de escoba; la mugre sólo permite que sus hijos te conviertan en una nueva clase de suelo para azotar el talón.

Removió la comodidad de las larvas; las asfixió la restregarlas en el piso o en los bordes de la banqueta mientras se hacía retroceder a sus lágrimas, porque la marea nunca muere por que le robes litros con una cubeta.

–Entiendo que pretendes lograr algo con eso – su corazón brincó antes que él al escuchar esa voz.

Parte de la memoria o de los sueños, esa voz ameritaba un recuerdo.

Volteó. La incontinenencia halló libertad.

–Usted – dijo, recuperando flemas con la nariz.

–Así que me recuerdas.

Por supuesto que la negrura absorbente en su uniforme no es digna de activar fragmentos del pasado, sus insignias valen lo mismo que la orina que recién había derramado, la planicie rapada que va de la frente hasta la nuca es la de cualquier policía dentro del rango de la obesidad que

portaba aquel cerdo.

¿Qué es digno de traer de vuelta al presente?

Su garganta, el juego que hace con la lengua para maquinar una voz carente de tonos agudos o suaves.

–¿Qué hace aquí? – le preguntó.

–Preservo el orden, caballero.

No preservaba el orden cuando dos muchachos lo retuvieron en un rincón que decidió hacer su cuarto previas noches antes, y le reacomodaron los huesos mediante patadas, las que le impregnaron junto con los superfluos recordatorios respecto a su falta de techo. Lo recordaba ahí, parado a no menos de diez pasos, luego de que le agrandaran la colección de magulladuras que ya tenía. El sabor rojo le escurría por lo labios. El policía estaba ahí, de pie, agraciando el panorama con una sonrisa. No llegó a último minuto; la risa pueril sólo era un reflejo de haber presenciado los momentos acontecidos que brindaron el espacio para que el pordiosero fuera suelo que pisar.

Y ahora, siendo superado por la oscuridad, dice preservar un orden.

–Usted – comenzó a decirle – usted es el oficial que me vio siendo agredido.

–Recuerdo algo así – dijo, sin variar el volumen de su voz.

–Se quedó mirando mientras me golpeaban. Usted, hijo de puta, dejó que me golpearan.

Acrecentó la duración de su gesto. De la garganta, manaron dos carcajadas breves.

–Estaba fuera de servicio.

– ¿Y eso qué? ¿Le daba derecho de burlarse de mí mientras me rompían la madre?

Sintió el viento, el aura apacible del pasto flotando. El festín ilimitado de los gusanos relampagueó en su mente, la podredumbre colocando banderas que pronto se extenderían hasta sus dedos se coló entre las imágenes. Inmutable, se hallaba el uniformado, vistiendo el atuendo de la nada y el vacío.

–Es curioso que hablemos de derechos – dijo, cruzando los brazos –

¿Cuántas veces has contado los tuyos?

–¿Perdone?

–Te pregunté cuántas veces has contado los tuyos.

–No lo entiendo.

–Claro que no me entiendes – los brazos fueron devueltos a los costados. El policía dio un paso – ¿Quieres saber algo sobre los derechos? Son enteramente subjetivos.

La cara del pordiosero lucía un entrecejo incrédulo; exhaló aire implícito con olor a mierda.

–¿De qué está hablando? – la respiración aceleró el paso – Maldito desgraciado.

–Mira quien habla de desgracias. ¿Sabes? Ustedes los vagabundos siempre se me han hecho especímenes curiosos. Viven en las calles, sin ataduras, sin rendirle cuentas a nadie, comiendo de nuestra basura, durmiendo en nuestra acera, donde también defecan y orinan, no pagan impuestos por usarla, el gobierno no los persigue por ello – erigió el labio superior, resopló – Son libres. Siempre son libres, y, sin embargo, no dejan de ser esclavos. Esclavos de su propia miseria, de su propia putrefacción, de su propia mierda, de sus harapos que intentan hacer pasar por ropa, de su propia peste. Son esclavos de la libertad que se les ha otorgado. Me resulta chistoso; poder ir a donde quieras no quiere decir que vayas sin cadenas, poder moverte, poder hacer cosas, poder caminar, poder respirar, poder salir a comprar la comida, salir al cine; ¿son derechos o privilegios? Uno tiene derecho de poseer una educación, aunque no veo por qué alguien no debería tener el derecho de clavarle una navaja a ese ser tan educado, al final del día, la supervivencia es la mejor parte del legado de la naturaleza en nuestros genes. Puedes verlo, puedes sentirlo en ti mismo. Tú sobrevives todos los días.

–Nada de lo que dice tiene sentido. ¿Supervivencia? ¿Libertad? ¿Cómo diablos...? ¿Entiende, siquiera, lo que está diciendo?

–Yo sí, lo entiendo perfectamente. Tenemos derecho de quitarle sus derechos a los demás, justo como cuando hacíamos lanzas y vivíamos en cuevas. Derechos, muchos derechos, todos ridículos y todos tendenciosos. Ustedes, los vagabundos, posiblemente son los mejores conservadores de la naturaleza del hombre; luchan cada día, como lo hacían los cavernícolas, desafían lo que la naturaleza moderna les depara y subsisten con sus desechos, sus despojos, y sus hijos, luchan con bestias, luchan con otras tribus. Simplemente luchan. Creo que son seres perdidos en el tiempo y atrapados en una era a la que no pertenecen. Hace miles de

años ustedes habrían sido los primeros en inventar la rueda. Se adhieren a un instinto que deben adaptar o de lo contrario el mundo de se los come – Le lanzó un levantamiento de cabeza mientras contemplaba algo que no eran los ojos del pordiosero – Aunque para ti ya es tarde porque veo que ya te están comiendo.

El pordiosero respiraba piedras, una ráfaga de aire luchó por salirle del pecho, vio sus antebrazos suspendidos, ajenos al concreto o a cualquier superficie. Volteó a ver la manta que cubría sus pies.

–Pero usted cómo...

–Cómo qué, cómo sé que se orina encima, cómo sé que tiene una herida infectada y llena de gusanos, ¿eso busca saber? No es como que sea muy difícil adivinar la situación en la cual los pordioseros se encuentran.

Su mano acogió el nido de bebés reptantes, embarrando la manta.

–¿Quién diablos es usted?

–Soy un policía haciendo su labor. Soy una persona que se dedica a expandir las mentes. Incluso mentes como la suya.

–Usted no es más que un miserable. No hay peor miseria que vivir en una mentalidad como la suya. Usted está más podrido que yo.

La sonrisa se expandió, sin incomodarle a su policía, en cualquier momento quebraría el rostro y sólo quedaría una quijada expuesta.

El pordiosero sintió como todo su cuerpo parecía irse corrompiendo en ácido cuando el uniformado comenzó a acrecentar el acercamiento. Un cosquilleo se expandió por la uretra hasta adherirse a la mancha que ya estaba en sus pantalones. Escudó la cara con los brazos, y comenzó la incontinencia lagrimal.

–No me haga daño – suplicó.

Centímetros que se esfumarían con mover un pie lo separan de aquel monstruo con uniforme. Comenzó a desabrocharse la camisa.

–Podrido. Todos lo estamos, caballero. Usted, yo, la gente comiendo con sus familias justo ahora, mientras usted está aquí padeciendo frío. Todos estamos podridos y todos nos podremos en vida desde que nacemos.

El policía se abrió la camisa.

–¡Noooooo! ¡Dios mío, noooooo!

Una prisión vuelta con las manos le impidió ver nada, una prisión que absorbió en vano sus lloriqueos y se embarró de sus lágrimas de pordiosero y mocos. Fue un golpe punzante lo que lo invadió primero; el temple que las ganas de vomitar ya habían desarrollado se quebró con el carácter que posee el cristal ante la presión al contemplar el abdomen del policía.

Un mapa, caminos deformes, todos marcados con sangre viscosa y purulentos chorros amarillos; un coctel de colores fríos, cálidos y opacos devoraron la piel, era un pequeño mundo, acontecido por continentes ilusorios dentro del pecho del hombre. Burbujas fluían, lagos verduscos manaban. Habitantes más alimentados y fuertes que los bebés de su pie erigían un reino, gusanos con la voracidad y la fuerza de una anaconda se retorcían con sus crías oscuras, acunándolas en decenas de agujeros vibrantes donde nacían cabezas que espiaban para ver qué podían seguir comiendo.

–¡Por favor, aléjese!

El policía rio, convocó un ejército de risas que plagaron una noche herida e infestada.

No dejó de reírse cuando tomó al pordiosero del cuello.

FIN